Cacomixtle volvió el rostro y lo conoció. Valdespino extendió la mano para cogerle; pero el chico desapareció entre la multitud, escurriéndose como una anguila; y cuando don Celso quiso perseguirle, no pudo ver siquiera el rumbo que había tomado.

CAPILLA ALFONSINA

## XVIII

### La llave de un secreto

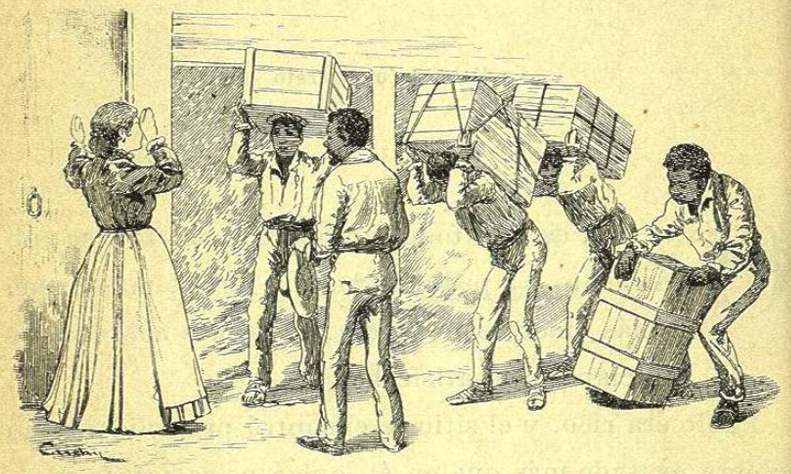
En la casa de Inés todo caminaba, como se dice vulgarmente, «á pedir de boca», Pablo, más bueno y más amoroso cada día; Inés más contenta, y Feliciana más satisfecha.

Pablo era rico, y el sitio le encontró prevenido. Si no hubiera pensado más que en él, quizá no se habría acordado de nada; pero pensaba en su Inés, y esto le volvió precavido.

En todas las casas que visitaba, veía el afán de las familias para reunir víveres, y el temor á las escaseces del sitio; y consideró que Inés era pobre, que no podía hacer acopio de nada, y comprendió lo que se le esperaba. Por eso el día menos pensado Feliciana vió entrar en su casa al criado de confianza de Pablo, seguido de cuatro carga-

dores, que llevaban grandes cajas con todo género de provisiones.

Así, pues, para ellas no había necesidad, ni aun privación: sólo la carne podía escasear; pero pagándola un poco, ó un mucho más cara, siempre se conseguía. Además, para tranquilizarlas enteramente, Pablo les aseguró que él, por su parte, tenía un repuesto más que regular.



Inés no salía de la casa; Feliciana, por el contrario, con esa curiosidad propia de la vejez, se estaba la mayor parte del día en la calle «sabiendo noticias», que iba luego muy alegre á comunicar á Inés.

Pablo las acompañaba todos los días á la hora de la comida, y volvía después en las noches, riendo de todo corazón de las noticias de Feliciana, porque la pobre mujer creía de buena fe las más tremendas vulgaridades.

CAPILLA ALFONSINA



Un día noticiaba la toma de Querétaro antes que tuviera efecto; otro contaba que el Emperador estaba en Cuautitlán, cuando era ya prisionero; otro, que iba á haber guerra entre los liberales; otro que Juárez venía con cincuenta mil hombres armados de picos, palas y azadones para arrasar á México; y el resultado de todo era que se enojaba porque Inés no se lo quería creer, y porque Pablo se reía.

—Nunca les vuelvo á dar una noticia, les decía.

Y en la tarde, cuando venía con la contraria, comenzaba diciendo:

—La verdad, que ustedes tenían razón esta mañana.

En una de sus excursiones, Feliciana se encontró con la limosnera que había conocido en casa de Mondragón.

—Doña Feliciana, le dijo aquella mujer, me ha tenido usted esperándola todo el día hasta las ocho de la noche.

—Si estaba enferma, contestó Feliciana, no atreviéndose á confesar su falta de exactitud y de empeño.

—Pero han pasado muchos días, y bien podía usted haberme buscado, como yo la he buscado á usted, hasta encontrarla. Usted no sabe cuánto importa lo que le tengo que decir.

—Como yo no sabía dónde vivía usted...

—¿Cuándo podemos hablar despacio, y en qué lugar?

—Ahora mismo, si importa mucho.

— Importa: y además, que me parece difícil encontrar otra oportunidad mejor: ¿adónde vamos?

— A mi casa, es lo más seguro.

— ¿No es mejor en otra parte?

— ¿Pero dónde?

— Nos entraremos á una iglesia.

— Tiene usted razón: aquí está cerca San Lorenzo, y ahora debe haber poca gente.

— Pues vamos.

Las dos se dirigieron á la iglesia de San Lorenzo. El templo estaba casi solo, y no se oía más que el murmullo de uno que otro devoto que rezaba, y los pasos, que resonaban en las bóvedas, de algún sacristán que atravesaba la iglesia. El ambiente frío que corría por su nave, aumentaba el sentimiento natural de respeto que inspiraba aquel lugar.

Feliciana y la limosnera se arrodillaron en el rincón más obscuro y solitario, y se persignaron devotamente.

— Conque dígame usted, dijo Feliciana, sentándose sobre sus mismas piernas.

— Comenzaré, dijo la limosnera, por preguntar á usted si es doña Feliciana Navas, mujer ó viuda de don Procopio Martínez, que vivían hace diez y siete años en los Llanos de Apam.

— La misma soy: viuda de don Procopio Martínez, que de Dios goce.

CAPILLA ALFONSINA



— ¿Recuerda usted que por aquel tiempo le entregaron á usted una niña recién nacida?

— Y bien me acuerdo, como que...

— Y esa niña ¿vive?

— Sí, vive.

— Y usted ¿á qué iba á la casa del señor Mondragón?

— Y eso ¿para qué lo quiere usted saber? dijo enojada Feliciana.

— No se incomode usted: respóndame, que nada pierde con eso, y tal vez pueda saber muchas cosas que ignora.

— Pues iba yo á buscar á la señora doña Matilde, mujer del señor Mondragón, que fué la que me entregó á mí la niña: si usted sabe la historia, debía saber esto también.

— Sí lo sé, porque entonces yo era la criada de confianza de la señora Matilde. ¿Y qué le dijeron á usted en casa de Mondragón?

— Que la señora había muerto; pero entonces me acordé que en aquel tiempo también estaba allí doña Estefanía, madre de la señora, y ella podía decirme algo respecto al nacimiento de la niña, que era lo que quería.

— ¿Y no ha llegado usted á hablar con doña Estefanía?

— No he podido: se me han atravesado varias cosas que me lo han impedido.

— Pues nada hubiera usted conseguido, porque no llevaba usted la llave de este secreto.

— ¿Y cuál es la llave?

— Ya se la voy á dar á usted.

Y la mujer sacó del seno un gran papel, doblado cuidadosamente.

— Este papel, le dijo, es el certificado de la entrega de la niña, firmado por doña Matilde: ella me lo dió con orden de entregárselo á usted cuando la encontrara: usted verá en él que doña Estefanía es la única que, mediante lo que ahí dice, puede descubrirle á usted quiénes son los padres de esa niña. Pero para que yo se lo dé á usted, es preciso que me jure que va á hacer lo que yo le diga.

— Lo prometo.

— ¿Me lo jura usted?

— Se lo juro.

— Es muy sencillo: busca usted á doña Estefanía, le dice usted su nombre, luego le enseña usted este papel; pero le prohibo á usted decirle cómo ha venido á dar á sus manos, y además le prohibo el que me busque en lo de adelante, el que se dé por mí conocida: en fin, el que usted hable á nadie de nada de lo que le ha pasado conmigo. Me lo ha jurado usted.

— Lo cumpliré: ¿y si doña Estefanía me pregunta de dónde me viene este papel?

CAPILLA ALFONSINA



— Le dice usted que lo recibió con la niña.

— Y á ella, á Inés, ¿qué le digo?

— ¿Quién es Inés?

— La niña, que así se llama.

— A ella, por ahora, nada; nada en lo absoluto. Doña Estefanía dirá á usted lo que debe hacer, pero mientras que ella no le dé á usted licencia de contarle ni de decirle nada á Inés, usted nada le dice.

— Muy bien.

— Me ha jurado usted no hacer más que lo que le he dicho.

— Y lo cumpliré.

— Pues adiós, hasta la eternidad, dijo la limosnera levantándose.

— Adiós, contestó doña Feliciana emocionada con esa despedida.

La limosnera, que no era otra que la «Guacha», salió del templo, y doña Feliciana abrió el pliego y lo leyó.

«Conste por el presente, que hoy 1.° de Enero de 1851, entrego una niña de dos días de nacida, á don Procopio Martínez y á doña Feliciana Navas, su mujer. Mi madre doña Estefanía podrá, si quiere, algún día decir quiénes son los padres de esta criatura. — MATILDE FRÍAS DE MONDRAGÓN.»

— Pues yo buscaré á esa señora, á ver si quiere decir quiénes son esos padres, dijo para sí Feliciana. Entre-

tanto, mucho secreto, que se lo he jurado á esa pobre mujer, y en la iglesia, para que más valga.

Guardó el escrito cuidadosamente; y tomando agua bendita, se salió tan preocupada, que no pensó ya ni en buscar nuevas noticias de política para llevárselas á Inés.

CAPILLA ALFONSINA

## XIX

### La noticia del Cacomixtle

El Cacomixtle corría para el mesón con todas sus fuerzas, no sólo por escapar de don Celso, sino por llegar pronto á llevar á las mujeres aquellas provisiones; y no cabía en sí, al pensar lo contentas que se iban á poner cuando él llegase y les presentase todo aquello.

Margarita y Alejandra esperaban impacientes al Cacomixtle, para contarle sus buenas noticias y para llevárselo consigo, en cuanto don Plácido volviera trayendo la ropa y todo lo necesario para irse á la casa del padre de Alejandra.

Por fin la puerta del cuarto se abrió por un violento impulso, y el Cacomixtle entró precipitadamente.

— Miren lo que les traigo, dijo levantando en lo alto sus provisiones.